

La filosofía como esencialmente ética o del cuidado de sí para su enseñanza

Rodrigo González Morales
MADEMS-Filosofía
FFyL, UNAM

Hay una íntima relación entre la filosofía con la enseñanza de la filosofía, así la concepción, los métodos y, sobre todo, el sentido de la primera se manifiesta explícitamente en la segunda; y el sentido de la segunda en la primera.

En la enseñanza tradicional se tiende a usar un método principalmente; la exposición del profesor, en ella subyace una idea de filosofía que contradice su esencia, por un lado, se ve a la filosofía como un saber cerrado y acabado en ella misma, donde se dificulta la problematización de lo expuesto o leído, no hay misterios ni respuestas incompletas que no satisfacen y; por el otro, desde la perspectiva de los procedimientos y actitudes que se imponen para el estudio de la filosofía es callar, tomar apuntes y repetir lo dicho por el profesor o el texto en el momento adecuado para pasar la materia, o por lo menos el decir la “respuesta correcta” la cual puede ser la que espera el profesor que se diga según lo dicho en clase, si así es se sobreentiende que aprendieron algo.

En esta situación se le dice al estudiante qué pensar, cuyo riesgo inminente es la adoctrinación. Esta dinámica produce la sensación de aburrimiento e inutilidad o, mejor, falta de sentido, alejando quizás de por vida al alumno de estas vitales reflexiones; entonces hay un problema grave que afrontar.

Si la enseñanza de la filosofía está en estos términos, entonces tendrá mucho que ver el cómo se está trabajando en filosofía, pues “... no siempre ha sido una tradición cuyo espacio de fomento, divulgación, reproducción es, de manera privilegiada, la universidad.” (Gómez Pardo, 2007: 53).

Este hecho hace que la filosofía cambie a algo que no siempre ha sido, ello es así porque unas de las facultades de estas instituciones ha sido la de satisfacer las problemáticas sociales de su entorno, tal que los valores sociales y culturales se manifiestan a nivel micro en el aula de clases. Por ejemplo, el sentarse y tomar notas, escuchar, el casi no poder hablar con el profesor, ni con los compañeros, la

calificación, modalidad que se instaura como mecanismo de control, cuya efectividad se mostró en las empresas corresponde a una idea de la educación con el fin de satisfacer las demandas sociales.

En la actualidad, a falta de ideal ético regulador, el ser humano se ha convertido en un ser instrumental al servicio de la producción social, esto es necesario si quiere consumir y acceder a los cómodos beneficios productos de la ciencia y la tecnología, ya que la obtención de ellos y otros bienes constituyen el codiciado éxito.

Para ello, en el ámbito intelectual, se necesita tener gran cantidad de información y poder representarse el mundo de una manera compleja desde determinada disciplina, donde ese conocimiento se convierte en mercancía o en productos concretos.

En este contexto la educación se tiende a reducirla de hecho, principalmente, a mera instrucción, cuya meta es proveer al estudiante de la inteligencia representacional del mundo, es decir, se le dice cómo es él y qué tiene que hacer para estar con éxito y con el menor número de problemas, haciendo de lado otras inteligencias, como la corporal, la emocional, la social, etc., ya que éstas son una pérdida de tiempo y sólo la inteligencia representacional es útil ya que es ella la que ayuda de buen modo a que el estudiante se adapte acriticamente a la sociedad, donde los estudiantes ven a las instituciones educativas como un medio para el éxito y no como una oportunidad de desarrollo más profundo, esto es, que en vez de preguntarse a la hora de escoger carrera sobre su vocación, mejor se preguntan sobre los sueldos.

En este clima neoliberal, donde la representación del mundo es de importancia capital para el desarrollo de la ciencia y tecnología al servicio del mercado, en el cual el ámbito educativo y el filosófico no escapa de ello ni las características del trabajo que se realizan que se manifiesta a la hora de dar clases, así pues, el hacer la importante tarea de desarrollar una representación intelectual del mundo que se liga a la producción del conocimiento sin que toquen problemas fundamentales de su entorno necesariamente, mejor trabajos de gran erudición, de mucha información con una alta exigencia sobre la aclaración de conceptos y sus relaciones, sin embargo, para ello no se necesita una transformación de su ser, de su relación consigo mismo, con los demás y con su entorno, siendo este aspecto lo fundamental.

La filosofía, a lo largo de su historia podemos ver como se ha ocupado del conocimiento de sí mismo y de la representación del mundo.

“El ocuparse de uno mismo implica, a su vez una forma de vigilancia sobre lo que uno piensa y lo que acontece en el pensamiento, designa un modo de actuar a través del cual uno se hace cargo de sí mismo, se purifica, se transforma” (Foucault, 1994; 35, citado por Gómez Pardo, 2007, 34) Es decir, la filosofía como cuidado de sí, es ante todo, una ética.

El proceso del cuidado de sí, es un proceso de formación que genera una orientación fundamental en la totalidad del ser humano y no únicamente se enfoca al rol socio-económico como se está dando a entender en las instituciones educativas.

El hombre formado sabe que siempre está en un proceso a lo largo de la vida, siempre se puede dar un paso hacia delante, siempre hay a que aspirar sin importar la experiencia de la vida, porque todo lo que se ha aprendido, nunca se puede comparar con lo que falta saber, es pues, consciente de la propia ignorancia, de su limitación como ser humano y no por eso renuncia a tan complicada búsqueda de orientación en todos los ámbitos del ser humano (voluntad, sentimiento e intelecto) para mejorar en toda la trama de sus relaciones humanas.

El ser humano formado no solamente se gana la vida sino, sobre todo, el ser, por ello no podemos decir que el ser formado es el producto de una intervención de un ser maduro a otro inmaduro, sino que es obra de sí mismo, así, la formación sólo se puede entender como autoformación, empero, ella es imposible “sin la ayuda biológica y dialógica de los demás. Y esta ayuda no es otra cosa que la educación” (Fritz, año: 108).

Desde esta perspectiva se puede considera la educación como un acto preponderantemente filosófico, en tanto se dirige a un ideal de hombre y sociedad, donde sólo en la filosofía se pueden pensar con el mayor rigor posible.

Para que la filosofía deje de ser una materia representacional o informativa exclusivamente tomar en cuenta la parte además de la parte cognitiva, también hay que revisar los problemas en los campos de lo ético y de lo político que emergen de la tarea educativa, los cuales se mencionarán brevemente. Si la pedagogía no quiere ser un proyecto servil a los intereses de la ideología dominante fomentando su transición y

su conservación, debe ser sobre todo un proyecto crítico y debe ocuparse no sólo de las mejores maneras de manejar y transmitir conocimientos, sino debe de hacerse la pregunta sobre las finalidades de tal tarea.

Estos campos son importantes tomarlos en cuenta porque enseñan una forma de relaciones no siempre intencionadas ni óptimas para el aprendizaje y forman parte inherente del fenómeno educativo. La conciencia de estos fenómenos ayuda a que el complejo proceso pedagógico se logre los propósitos intencionales de buen grado.

Es decir, “En toda acción educativa subyace un determinado modelo de relaciones humanas, que es reflejo del modelo de relaciones prevalecientes en el sistema social; por ejemplo, sumisión, conformidad, acriticidad, imitación, ejecución mecánica de órdenes, aceptación irracional de la autoridad vertical, etc. Conductas que si bien constituyen la antinomia exacta de la participación creativa, crítica, responsable, socialmente comprometida, constituyen una realidad que es preciso modificar”. (Santoyo Sánchez, 1995, 31.)

Guillermo García (1975) en su artículo *La relación pedagógica como vínculo liberador*, habla de la relación pedagógica como un vínculo que se desarrolla en la actividades educativas que se establecen entre todos sus actores, que es al fin de cuentas, un aprendizaje no siempre deseado, sin embargo, de importancia vital ya que: “En la relación pedagógica lo que se aprende no es tanto lo que se enseña (el contenido), sino el tipo de vínculo educador-educando que se da en la relación”.

El modelo que se va a usar para un análisis del vínculo pedagógico es el de Louis Not (1992) en su libro *La enseñanza dialogante: Hacia una educación de segunda persona*, donde analiza el modelo tradicional y su contrapropuesta, llamadas en tercera persona y en primera persona respectivamente, para demostrar que el de segunda persona es el más apropiado desde las perspectivas cognitiva, ética y política. Esos modelos son abstractos y, por tanto, ideales, pues en la práctica no se ven puramente, sino que siempre hay combinaciones complejas, sin embargo, sirven como orientadores y reguladores, siempre teniendo en cuenta el contexto de las intervenciones educativas.

La enseñanza en tercera persona es la más tradicional del sistema educativo mexicano, empero, tiene poco impacto en el aprendizaje, ya que durante la exposición

del profesor como método central o único, a los estudiantes no les queda más que pretender seguirlo y no les da tiempo para recibir los mensajes. No pueden ver la intención que tiene el profesor y por lo mismo no pueden ir hacia una reconstrucción para luego integrarlos en su estructura mental por medio de una actividad específica o reflexionar al respecto, ello, si saben cómo hacerlo. Así, tenemos la situación en la que el alumno “no puede reestructurar el contenido emitido en el orden cronológico R1 y, a la vez, escuchar la emisión de otro orden R2, que deberá ser reestructurado mientras el enseñante emita otro orden R3, etc.” (Not, 1992; 18)

No queda más que pretender seguir al profesor por un tiempo y en otros ni siquiera se preocupan por ello, ya que es fácil esconderse en un grupo, pero esto no es por el sólo desinterés del estudiante, sino que va siempre acompañado de la incertidumbre de no saber a dónde va el profesor y, por tanto, no encuentra sentido; cuando el profesor sabe muy bien y de antemano el camino y su sentido de recorrerlo. En una situación como ésta el profesor y el alumno están cada quien por su lado, no puede haber lo básico sí es que de educación se está hablando; comunicación.

Ante esta falta de comunicación, el alumno no ve lo que el profesor quiere que vea y el profesor no ve los intereses y las necesidades de los alumnos; el primero pretende enseñar y el segundo aparenta aprender.

La relación profesor-alumno es poco pedagógica, más bien es de adiestramiento. Ello supone al alumno como objeto, que hay que darle forma desde el exterior por la propia incapacidad del alumno, anula el desarrollo que puede tener como sujeto al querer que se comporte de cierta manera, niega sus deseos según algún código sin razones de peso o explícitas. Paradójicamente, se educa como objeto de manera implícita, con el fin explícito en muchos de los programas de estudio, de que sea sujeto.

Así, pues, el tipo de vínculo para el aprendizaje que este modelo enseña es uno de dependencia, lo cual significa que si el alumno quiere seguir aprendiendo va a necesitar este tipo de vínculo para lograrlo, si no lo rompe. Esta forma de relación sirve a los intereses dominantes, ya que “La concepción del saber cómo producto es uno de los pilares de la educación tradicional y se engarza con la estructura social capitalista: los propietarios de los medios de producción dominan a quienes no los poseen que dependen de aquellos para sobrevivir.” (García 1975, 54.)

Desde la cuestión política, podemos ver que en una situación donde las condiciones no sean propicias para la libre expresión de la personalidad, se generan comportamientos de pasividad o de rebeldía.

Cuando la pasividad es la que predomina la clase tradicional puede seguir su curso, sin embargo, cuando la rebeldía predomina y los castigos habituales ya no son suficientes se convierte el aula de clase en una micro sociedad en la que se requiere una autoridad para controlar la guerra de todos contra todos generado por los inestables, caprichosos e inevitables impulsos humanos de los estudiantes. Se reproduce y confirma una idea del hombre y de sociedad parecida a la señalada por Hobbes en su *Leviatan*.

Ante esto, el modelo que quiere superar estas contradicciones, se ha llamado pedagogía en primera persona, donde admite el conocimiento como producto del proceso activo del propio estudiante, ya que él es quien construye su saber. Examinemos esta propuesta.

En éste modelo se parte de que el simple hecho de actuar, equivale al hecho de aprender algo y se enfoca ahora a la experiencia, donde no es mal vista la imitación, pero sólo como el primer paso para alcanzar la meta de la creatividad y de pensamiento crítico propio del alumno. Se reduce o disminuye el papel del enseñante. La pedagogía de la primera persona apela al logro del aprendizaje a través del tanteo y experiencia del alumno según sus deseos o necesidades. El alumno se forma desde el interior y se desconfía de lo que viene desde el exterior por temor a la imposición.

En este modelo se considera que el conocimiento no se trasmite, se construye, así el centro de la clase no debe ser el maestro quien posee el conocimiento acabado, sino mejor el alumno para que lo construya desde sus experiencias apoyado por la cultura que ha forjado una tradición de la cual partir, y advirtiéndole que ésta construcción no tiene límites, es decir, concibe entonces el conocimiento como inacabado, como problemas a resolver.

El alumno es puro sujeto, es un yo, centro de todas las actividades por las cuales se forma. Ello supone que él mismo tiene la capacidad de hacerse de criterios para formarse, de hacer lo que debe de hacer según criterios racionales, que en realidad no tiene por qué tenerlos, a menos que esté ya formado.

El conflicto ético es que en nombre de la no directividad que se defiende en este modelo, no actué el profesor en consecuencia cuando considera que el alumno va por un camino peligroso, además se considera que el individuo puede constituirse él mismo, entonces no necesariamente tiene que tomar en cuenta a los demás.

El riesgo de este modelo es caer en el didactismo, la sola actividad sin propósitos claros o en el pragmatismo donde el tiempo de reflexión puede ser mermado. Tampoco se lleva a cabo un proceso comunicativo entre los intereses y necesidades de profesores y alumnos.

Políticamente se deja la libre expresión del estudiante, más los límites siempre necesarios para la instrucción y educación no se ven claros si de verdad son congruentes con la no directividad, con lo cual, si cada quién no hace lo que le corresponde motivados desde el interior, fácil será el caos, la ausencia o la indiferencia en nombre de la libertad. Además se dificulta este modelo en sociedades autoritarias

Se considera indispensable un proceso comunicativo entre sus actores. Hay que buscar una constante interacción entre ambos con propósitos claros y explícitos para todos los involucrados, es decir, el enseñante y el aprendiz. Para que sean procesos formativos deben de ser dialógicos.

Es decir, uno debe de ser interlocutor del otro en una relación recíproca en la comunicación, para saber las necesidades e intereses de todos y tomar medidas al respecto.

El *tú* es otro yo; es un *yo* porque son seres humanos, y es *otro*, porque tiene sus propias características: “Una formación en segunda persona, que erige a cada uno en sujeto, reconoce por este mismo hecho su capacidad de tomar iniciativas eventualmente diferentes de las del otro o de las que el otro espera de él” (Not, 1992; 25).

Las motivaciones para el aprender es dar cuenta de la contradicción de un nuevo conocimientos con nuestras representaciones, aparece la ausencia, pues nace el deseo de superar lo que nos limita y la actividad encaminada a satisfacerlo, aprovechando la necesidad de ser reconocido por ellos mismos y quienes le rodean, a

expresarse, a decir lo que saben, sus dudas, de contar experiencias, de preguntar al otro, etc.

No puede ser una relación simétrica, pues el profesor tiene que estar atento a las fortalezas y debilidades de los alumnos, pues tiene que valorar si es directivo o no, donde se deja la libre expresión de la personalidad del alumno dentro de límites claros y razonables; pero tal relación si puede ser equitativa. “Esta relación de reciprocidad es fuente de libertades por que hace caer resistencias en virtud del compromiso y, a la vez, regula las libertades porque cada una de las dos partes está autorizada a pedir cuentas a la otra.” (Not, 1992: 31).

Con éstas características se está promoviendo dentro del aula un clima democrático, apelando al convenio de las dos partes, pero no por la pura negociación entre los participantes sino tomando en cuenta las argumentaciones esgrimidas. En valorar argumentaciones es donde tiene autoridad el profesor, pero siempre hay el peligro de que las valoraciones estén sesgadas a sus intereses o a saciar su ego, es donde se convierte en autoritarismo.

Así, el modelo pedagógico en segunda persona afirma que el que aprende construye sus propios conocimientos, pero está en contacto directo con el profesor para aportarle lo que él mismo aún no se puede dar o tardaría mucho tiempo en hacerlo sólo, como la información abstracta traducida a lo concreto, presupuestos o consecuencias que él no alcanza a vislumbrar en sus ideas.

Así pues este modelo es mejor de los otros por el hecho de que propicia la comunicación entre los involucrados del proceso de enseñanza-aprendizaje, donde la manera más eficiente de esta es el diálogo.

Podemos concluir con Bedoya (2005; 35) que: “La filosofía tiene que reconocer que la educación ha sido siempre de ella: su articulación necesaria, su complemento esencial; y si la estructura fundamental de la educación es la comunicación, también la comunicación es estructura fundamental de la filosofía. En otras palabras, la filosofía tiene que aprender de la educación, lo que ella ya sabe, pero nunca ha hecho explícito que incida en su autocomprensión de sí misma: la estructura comunicativa, intersubjetiva y dialogal de la razón”.

Bibliografía

1. Cerletti, Alejandro (2008), *La enseñanza de la filosofía como problema filosófico*, Zorzal, Argentina.
2. Bedoya, José Iván (2005), *Epistemología y Pedagogía. Ensayo histórico crítico sobre el objeto y métodos pedagógicos*, Bogotá, Ecoe Ediciones.
3. García, Guillermo (1975), “La relación pedagógica como vínculo liberador”, en *La educación como práctica social, Aportes de teoría y práctica de la educación. Un ensayo de formación docente*, Argentina, Editorial Axis.
4. Gómez Pardo, Rafael (2007), *La enseñanza de la filosofía*, Colombia, Editorial Bonaventuriana.
5. Not, Louis (1992), *La enseñanza dialogante: Hacia una educación de segunda persona*, Barcelona, Herder.
6. Mart, Fritz (2001), *Introducción a la pedagogía*, Barcelona, Sigeme.
7. Santoyo, Rafael (1985), “Apuntes para una didáctica grupal”, en *Diálogo e interacción en el proceso pedagógico*, México, Ediciones El Caballito-SEP-Cultura.